

Mujer y pobreza en Chile: medición, brechas y desafíos estructurales

ALEJANDRA ABUFHELE

Académica Escuela de Gobierno, UAI.

Colaboración:



Editora: Nicole Gardella. Directora de Incidencia Pública, Escuela de Gobierno, UAI.



Resumen ejecutivo

- La pobreza en Chile mantiene un sesgo estructural en desmedro de las mujeres, especialmente en pobreza de ingresos, para hogares con jefatura de hogar femenina, hogares rurales y hogares migrantes.
- La actualización metodológica (CASEN 2024) permite visibilizar con mayor claridad estas brechas.
- La baja inserción laboral femenina no solo reproduce pobreza, sino que implica una pérdida significativa de crecimiento económico potencial.
- La sobrecarga de cuidados no remunerados es uno de los principales factores estructural que explica la menor participación laboral femenina.
- Existen brechas críticas en etapas clave del ciclo de vida, especialmente entre los 18 y 30 años.
- Los hogares monoparentales liderados por mujeres concentran mayores niveles de pobreza y vulnerabilidad.
- La pobreza femenina es multidimensional e interseccional.
- Persisten dimensiones no capturadas como la pobreza de tiempo y la carga emocional.
- Existe consenso social en que el sistema de cuidados es el eje estructural del problema.

Este documento presenta un análisis del seminario Mujer y pobreza, parte del ciclo Mujeres en Políticas Públicas organizado por la Universidad Adolfo Ibáñez y Comunidad Mujer.

Centrado en la exposición de Alejandra Abufhele¹ sobre la actualización de la medición de pobreza en Chile, y enriquecido por los comentarios de Pablo García², Anita Holuigue³ y Cristina Vio⁴, así como por la discusión general del seminario, el documento muestra que la pobreza en Chile presenta un patrón persistente de desigualdad de género, particularmente en su dimensión de ingresos. La actualización metodológica introduce mejoras sustantivas que permiten capturar de manera más precisa estas brechas.

A su vez, el análisis evidencia que la pobreza femenina no puede comprenderse únicamente como insuficiencia de ingresos, sino que responde a una configuración estructural donde convergen:

- la inserción desigual en el mercado laboral,
- la carga de trabajo no remunerado,
- la organización social del cuidado,
- y la creciente presencia de mujeres como jefas de hogar en contextos de vulnerabilidad.

El debate refuerza la idea de que la pobreza femenina constituye no solo un problema social, sino también un desafío económico y demográfico, con implicancias directas sobre el crecimiento, la productividad y la reproducción intergeneracional de la desigualdad.

1. Introducción: límites de la medición tradicional y relevancia del enfoque de género

La medición oficial de la pobreza en Chile, tanto en su dimensión de ingresos como multidimensional, se construye a partir del hogar como unidad de análisis. Este enfoque supone implícitamente que los recursos disponibles al interior del hogar se distribuyen de manera equitativa entre sus miembros. Sin embargo, esta premisa resulta problemática desde una perspectiva de género. La evidencia muestra que la distribución de recursos, tiempo y oportunidades al interior del hogar es altamente desigual, particularmente en contextos donde las mujeres asumen la mayor parte del trabajo doméstico y de cuidados no remunerados.

La incorporación de un enfoque de género permite, por tanto:

- desagregar dinámicas intra-hogar invisibilizadas,
- identificar restricciones específicas que enfrentan mujeres y niñas,
- y comprender mejor los mecanismos de reproducción de la pobreza.

Este desafío se vuelve aún más relevante en el contexto chileno contemporáneo, caracterizado por transformaciones estructurales tales como:

- el aumento sostenido de hogares monoparentales liderados por mujeres,
- la transición demográfica hacia una población envejecida,
- y la persistente brecha en participación laboral femenina.

2. Actualización de la medición de la pobreza en Chile

La actualización metodológica introduce cambios sustantivos en la forma de definir la línea de pobreza. Se trata de una revisión asociada a la pobreza por ingresos. Los principales tres cambios son los siguientes:

En primer lugar, se actualiza la canasta de consumo utilizando la IX Encuesta de Presupuestos Familiares (EPF) 2022, reemplazando la EPF 2006-2007. Este ajuste permite capturar transformaciones significativas en los patrones de consumo de los hogares chilenos.

En segundo lugar, se revisa el criterio nutricional. Si bien se mantiene el estándar de calorías diarias, se reconoce que el problema en Chile no radica en la insuficiencia calórica, sino en la calidad de la dieta. Esto abre una tensión metodológica entre utilizar una canasta basada en el consumo observado, o avanzar hacia una canasta normativa basada en criterios de alimentación saludable. La solución adoptada consiste en un enfoque híbrido, que mantiene la estructura del consumo observado, pero reduce la presencia de alimentos ultraprocesados.

En tercer lugar, se introduce una modificación clave en el tratamiento de la vivienda. La eliminación del alquiler imputado y su reemplazo por dos líneas de pobreza diferenciadas (arrendatarios y no arrendatarios) tiene implicancias directas en la medición de la pobreza femenina, al evitar sobreestimar ingresos en ciertos hogares.

¹Académica de la Escuela de Gobierno UAI e investigadora Núcleo MIGRA.

²Académico Escuela de Negocios UAI y presidente CNEP.

³Directora Hogar de Cristo.

⁴Directora Ejecutiva Comunidad Mujer.

2.1 Fortalecimiento de la pobreza multidimensional

También, es importante recalcar que hay un fortalecimiento de la evaluación de la pobreza multidimensional. En esta medición, los cambios introducidos buscan aumentar tanto la exigencia del instrumento como su capacidad de capturar condiciones de vida relevantes en el contexto actual, tal como se aprecia en la Tabla 1.

A diferencia de la pobreza por ingresos, cuya actualización implicó transformaciones más estructurales, en este caso se mantuvo la arquitectura general del índice, pero se ajustaron sus componentes para reflejar de mejor manera las formas contemporáneas de vulnerabilidad.

En primer lugar, se estableció una ponderación uniforme entre dimensiones, asignando un 20% a cada una de las cinco dimensiones consideradas. Este cambio implicó, en particular, aumentar la relevancia de la dimensión de Redes y Cohesión Social, que duplicó su peso relativo (de 10% a 20%), reconociendo su importancia en la configuración de condiciones de vulnerabilidad.

En segundo lugar, se amplió el número de indicadores por dimensión, pasando de tres a cuatro, lo que incrementa el total de indicadores desde 15 a 20. Cada uno de estos indicadores recibe una ponderación equivalente de 5%, permitiendo una representación más equilibrada y detallada de las distintas formas de privación.

En este contexto, se incorporan nuevos indicadores en todas las dimensiones, entre los que destacan:

- aprendizaje escolar
- la participación laboral restringida por responsabilidades de cuidado,
- acceso a alimentos (inseguridad alimentaria),
- la falta de apoyo en situaciones de dependencia funcional,
- la conectividad digital.

Estos indicadores permiten capturar dimensiones previamente subrepresentadas, particularmente aquellas vinculadas a la organización del cuidado, la calidad del empleo y las nuevas formas de exclusión social.

En cuanto al criterio de identificación, se define el umbral de pobreza en un 25% de carencias, lo que equivale a la acumulación de privaciones correspondientes a más de una dimensión completa. Este umbral refuerza la lógica de la pobreza multidimensional como un fenómeno asociado a la concurrencia de múltiples restricciones significativas.

Tabla 1. Actualización metodológica de pobreza multidimensional

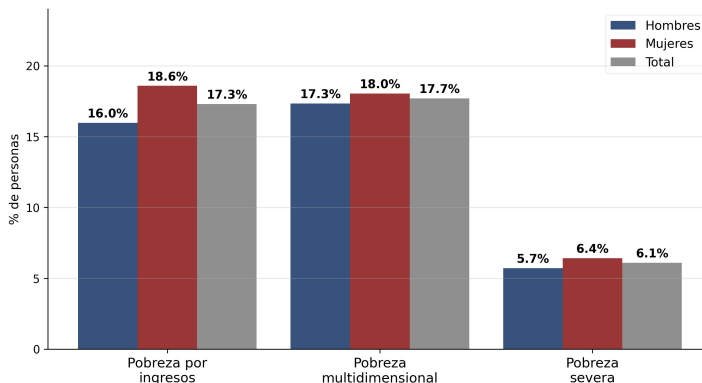


Fuente: Diagrama del Ministerio de Desarrollo Social y Familia (2025).

En conjunto, estos ajustes avanzan hacia una medición más exigente, más precisa y alineada con las condiciones efectivas de vida de la población, particularmente en aquellas dimensiones donde las brechas de género resultan más pronunciadas.

Finalmente, se incorpora también una nueva categoría oficial: la pobreza severa, definida como la situación en que un hogar es simultáneamente pobre por ingresos y multidimensionalmente. Esta medida permite identificar situaciones de mayor intensidad de vulnerabilidad, alcanzando un 6,1% de la población en 2024, y constituye una herramienta relevante para la

Gráfico 1. Distribución de la pobreza por área y género



Fuente: Elaboración propia Alejandra Abufhele (2026)

focalización de políticas públicas.

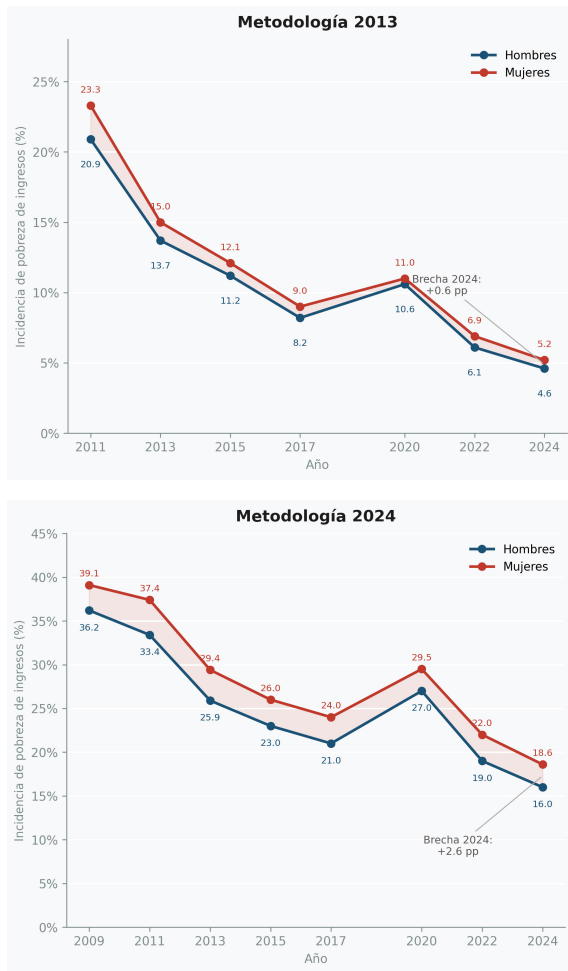
3. Resultados: niveles, brechas y patrones estructurales

Los resultados muestran que la pobreza por ingresos alcanza el 17%, la pobreza multidimensional también el 17%, y la pobreza severa el 6%. Con todo, el zoom necesario de estos datos está dado no por el nivel agregado, sino la distribución de la pobreza según género, tal como se aprecia en el Gráfico 1.

3.1 Brechas de género en pobreza por ingresos

La evidencia muestra de manera consistente que las mujeres presentan mayores niveles de pobreza por ingresos que los hombres. Esta brecha es estadísticamente significativa y persistente en el tiempo, tal como se muestra en el Gráfico 2.

Gráfico 2. Pobreza por ingresos según género



Un hallazgo clave es que la nueva metodología permite observar con mayor claridad esta diferencia. En mediciones anteriores, la brecha aparecía atenuada, lo que sugiere que parte de la desigualdad permanecía oculta por decisiones metodológicas. De acuerdo con la nueva metodología, la brecha de género es más amplia en pobreza de ingresos a lo largo del periodo.

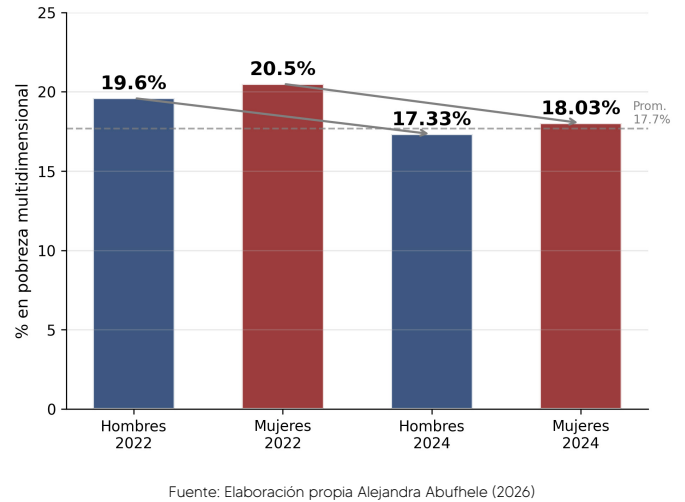
La nueva metodología de medición de pobreza amplía la brecha de género respecto a la metodología anterior, pasando de 0,6 a 2,6 puntos porcentuales. Este aumento no se explica exclusivamente por un umbral más alto, sino que también por los cambios metodológicos: la eliminación del arriendo imputado del ingreso que reduce el ingreso medido de los hogares propietarios y el establecimiento de una línea de pobreza sustancialmente más alta para arrendatarios.

Las mujeres están sobrerrepresentadas entre quienes quedan bajo la línea en ambos canales, por tener distribuciones de ingreso sistemáticamente más bajas que los hombres.

3.2 Pobreza multidimensional: brechas más sutiles, pero persistentes

En la pobreza multidimensional, las brechas son menores en magnitud, pero igualmente relevantes. Esto indica que, si bien las condiciones de vida pueden ser similares en algunos indicadores, las restricciones

Gráfico 3. Brecha de género en pobreza multidimensional



estructurales siguen afectando de manera diferenciada a las mujeres. De acuerdo a la nueva metodología, la brecha de género es más amplia en pobreza multidimensional (0,7pp). Esta brecha presentó una baja desde 2022, tal como se evidencia en el Gráfico 3.

3.3 Ciclo de vida y momentos críticos

Uno de los resultados más relevantes es la identificación de momentos críticos en el ciclo de vida:

- En la infancia (0-17 años), la pobreza alcanza niveles elevados (cerca del 25%), aunque sin grandes diferencias de género.
- A partir de los 18 años, la brecha de género se vuelve evidente y especialmente entre los 18 y 30 años, etapa que coincide con decisiones clave de inserción laboral, educación y maternidad.

Gráfico 4. Brecha en pobreza por género y grupo etario

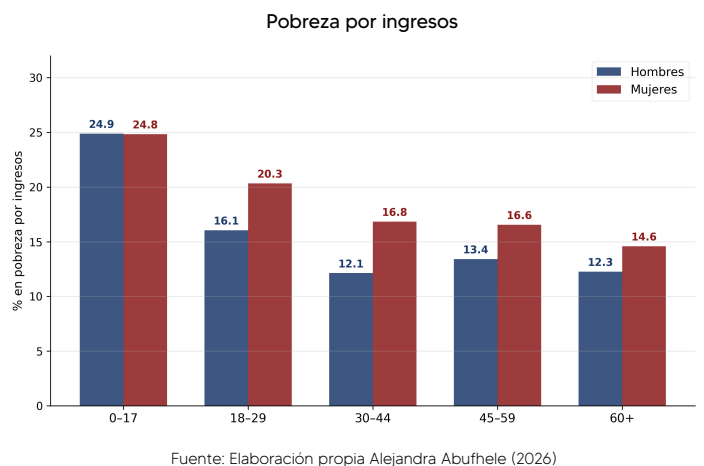
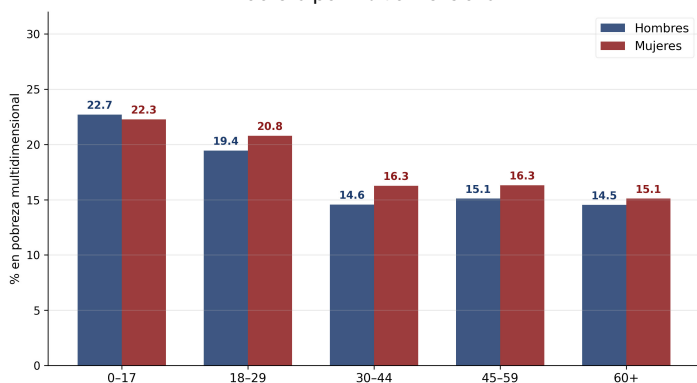


Gráfico 4. Brecha en pobreza por género y grupo etario
Pobreza por multidimensional



Fuente: Elaboración propia Alejandra Abufhele (2026)

La persistencia de la brecha a lo largo de la vida sugiere que estas desventajas iniciales tienen efectos acumulativos, tal como se muestra en el Gráfico 4.

3.4 Estructura del hogar, territorialidad e interseccionalidad

La jefatura de hogar emerge como un factor determinante. Los hogares liderados por mujeres presentan niveles significativamente mayores de pobreza, tal como se muestra en el Gráfico 5.

Es posible ver también que la pobreza femenina se intensifica en contextos específicos:

- en todas las regiones, la brecha es desfavorable para las mujeres (Gráfico 6),
- en zonas rurales, la diferencia se amplía significativamente (Gráfico 7),
- en hogares migrantes, se observan niveles más altos de pobreza multidimensional (Gráfico 8).

Esto indica que la pobreza femenina es un fenómeno interseccional, donde el género interactúa con otras dimensiones de desigualdad. El análisis de los indicadores específicos permite identificar tres dimensiones críticas o factores estructurales en torno al trabajo, los cuidados y el tiempo disponible:

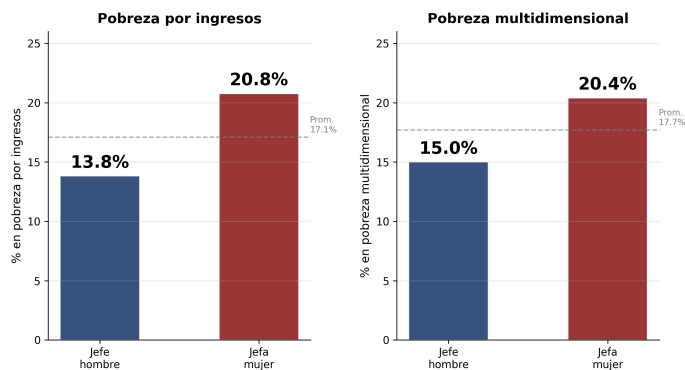
- Informalidad laboral: Altos niveles de informalidad afectan la estabilidad de ingresos y la seguridad social futura.
- Cuidados como restricción estructural: La participación laboral condicionada por cuidados emerge como uno de los principales factores explicativos de la brecha de género.
- Pobreza de tiempo y autonomía: Aunque no está plenamente capturada en la medición, la evidencia sugiere que las mujeres enfrentan una sobrecarga sistemática de trabajo no remunerado que limita sus oportunidades.

4. Hacia una agenda de política pública

La discusión posterior a la presentación de Alejandra Abufhele permitió no solo profundizar el diagnóstico, sino también ordenar una agenda de desafíos que trascienden la medición y apuntan a los mecanismos que reproducen la pobreza en mujeres. A partir del intercambio entre Pablo García, Anita Holuigue y Cristina Vio, se identifican cuatro elementos clave:

- (1) El sistema de cuidados como eje central: existe consenso en que la organización del cuidado es el principal determinante de la desigualdad de género en pobreza.
- (2) Inserción laboral y crecimiento: la baja participación femenina constituye una restricción significativa para el crecimiento económico.
- (3) Limitaciones del sistema de capacitación: la fragmentación de programas y la falta de evaluación reducen su efectividad.
- (4) Dimensión cultural y estructural: persisten estereotipos de género que condicionan trayectorias educativas y laborales.

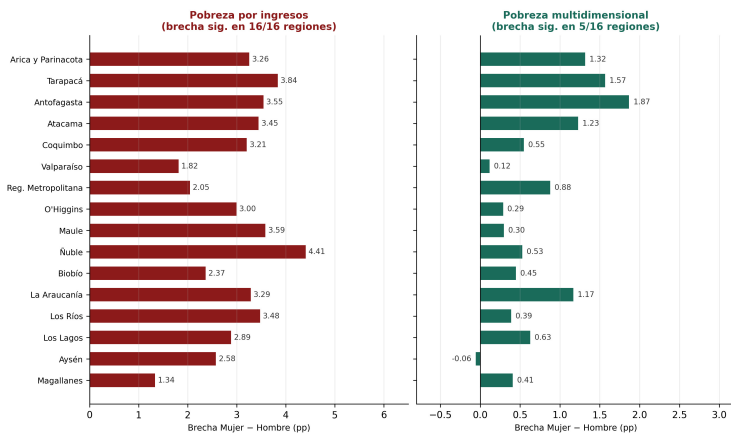
Gráfico 5. Brecha en pobreza por género y jefatura de hogar



Fuente: Elaboración propia Alejandra Abufhele (2026)

En conjunto, estos elementos muestran que la pobreza en mujeres no puede entenderse únicamente como un problema de ingresos, sino como el resultado de restricciones estructurales que operan simultáneamente. La organización social del cuidado limita la inserción laboral, lo que a su vez reduce la autonomía económica y las posibilidades de acumulación a lo largo del tiempo. A ello se suma un sistema de capacitación que no logra corregir estas trayectorias y una dimensión cultural que refuerza roles y expectativas diferenciadas. Abordar estas brechas requiere, por tanto, una agenda de política pública que combine provisión de servicios de cuidado, fortalecimiento del empleo femenino, mejora en la efectividad de los programas de formación y estrategias que reconozcan –y busquen transformar– las condiciones estructurales que sostienen estas desigualdades.

Gráfico 6. Brecha en pobreza por género y región



Fuente: Elaboración propia Alejandra Abufhele (2026)

5. Conclusiones: hacia una comprensión estructural de la pobreza femenina

La evidencia presentada a lo largo del seminario permite sostener que la pobreza femenina en Chile no constituye un fenómeno residual ni coyuntural, sino una configuración estructural persistente, que emerge de la interacción entre instituciones, mercado laboral, organización social del cuidado y limitaciones en los instrumentos de medición.

En primer lugar, los resultados muestran que la desigualdad de género en pobreza no solo persiste, sino que se vuelve más visible a medida que mejoran los instrumentos de medición. La actualización metodológica no introduce una nueva realidad, sino que permite observar con mayor claridad dinámicas que previamente permanecían parcialmente ocultas. Este punto es fundamental: la medición no es neutra, sino que define el marco dentro del cual ciertos problemas logran –o no– ser reconocidos como tales en la agenda pública.

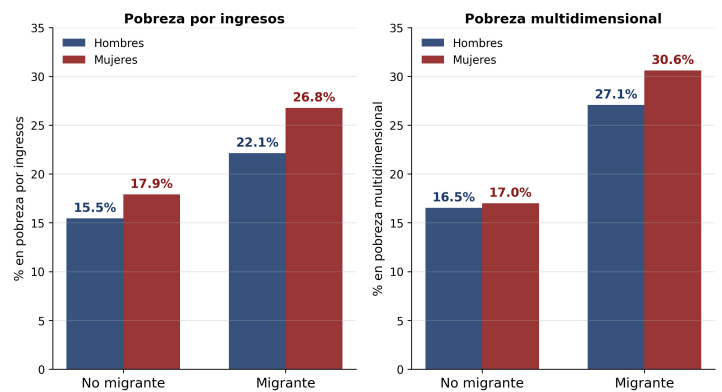
En segundo lugar, el análisis confirma que la pobreza femenina no puede reducirse a una insuficiencia de ingresos. Por el contrario, se configura como un fenómeno multidimensional en el que convergen restricciones materiales, temporales y relacionales. La evidencia presentada muestra que las mujeres enfrentan simultáneamente:

- menores niveles de ingreso,
- menor participación laboral,
- mayor exposición a informalidad,
- y una sobrecarga sistemática de trabajo de cuidados no remunerados.

Estas dimensiones no operan de manera independiente, sino que se refuerzan mutuamente, generando trayectorias de vulnerabilidad que se consolidan a lo largo del ciclo de vida.

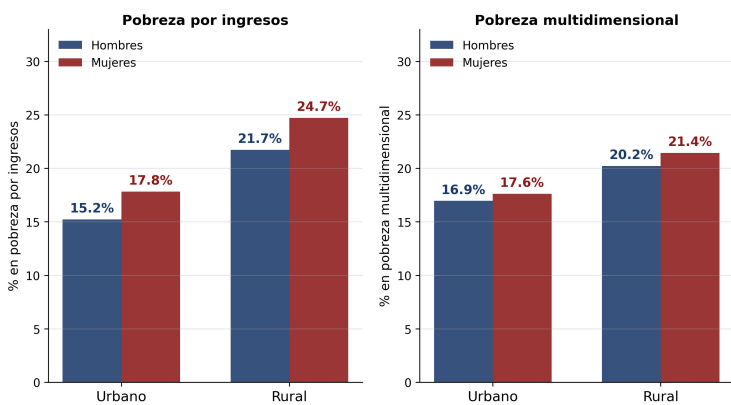
En tercer lugar, la discusión pone de relieve que el cuidado no constituye una variable más dentro del análisis, sino el núcleo organizador de la desigualdad de género en pobreza. La forma en que las sociedades distribuyen las responsabilidades de cuidado tiene efectos directos sobre la inserción laboral, la autonomía económica y el bienestar de las mujeres. En este sentido, la ausencia de un sistema de cuidados robusto no solo reproduce desigualdades, sino que limita la efectividad de otras políticas, como aquellas orientadas a la capacitación o al empleo.

Gráfico 8. Brecha en pobreza por género y condición migratoria



Fuente: Elaboración propia Alejandra Abufhele (2026)

Gráfico 7. Brecha en pobreza por género y ruralidad



Fuente: Elaboración propia Alejandra Abufhele (2026)

En cuarto lugar, la evidencia sugiere que la pobreza femenina presenta un carácter profundamente interseccional. La condición de género se entrelaza con otras dimensiones de desigualdad –como ruralidad, migración, edad o estructura del hogar– generando configuraciones específicas de vulnerabilidad. En particular, los hogares monoparentales liderados por mujeres emergen como un espacio crítico donde se concentran múltiples restricciones: económicas, sociales y emocionales.

Este hallazgo obliga a abandonar aproximaciones homogéneas y avanzar hacia políticas más focalizadas y diferenciadas.

En quinto lugar, el seminario permitió evidenciar una brecha persistente entre la complejidad del fenómeno y la capacidad de las políticas públicas para abordarlo. La fragmentación de programas, la débil articulación entre política social y política productiva, y la falta de evaluación sistemática de intervenciones limitan la posibilidad de generar trayectorias sostenidas de salida de la pobreza. En este contexto, la capacitación laboral aparece como un ámbito particularmente crítico: sin una vinculación efectiva con procesos de formalización e inserción laboral, cuyo impacto tiende a ser acotado.

En sexto lugar, la discusión permite identificar dimensiones aún insuficientemente capturadas por los instrumentos disponibles. Entre ellas destacan la pobreza de tiempo, la carga emocional y la salud mental asociada al cuidado. Estas dimensiones, aunque menos visibles, son fundamentales para comprender las restricciones reales que enfrentan las mujeres y, por tanto, para diseñar políticas más efectivas. Asimismo, la exclusión de ciertos grupos –como mujeres en situación de calle– plantea interrogantes sobre los límites de las mediciones actuales.

Finalmente, uno de los aportes más relevantes del seminario es el desplazamiento del problema desde una lógica sectorial hacia una comprensión sistémica. La pobreza femenina no puede ser abordada exclusivamente desde la política social, ni tampoco únicamente desde el mercado laboral. Requiere una articulación entre múltiples ámbitos:

- sistemas de cuidado,
- políticas de empleo,
- educación y capacitación,
- salud y bienestar,
- y transformación cultural.

Este carácter sistémico implica, a su vez, la necesidad de una gobernanza más integrada, donde el Estado, el sector privado, la academia y la sociedad civil actúen de manera coordinada.

Desde una perspectiva de desarrollo, la relevancia de este problema trasciende la equidad. La baja participación laboral femenina, la informalidad y la subutilización de capacidades representan una pérdida significativa de potencial económico. En este sentido, abordar la pobreza femenina no solo constituye un imperativo, sino

también una estrategia de desarrollo económico y social.

En síntesis, el seminario permitió concluir que:

(1) La pobreza femenina en Chile no es simplemente una expresión de desigualdad, sino un resultado estructural de cómo se organizan el trabajo, el cuidado y las oportunidades en la sociedad.

(2) Avanzar en su reducción requiere no solo mejorar las políticas existentes, sino también redefinir las bases sobre las cuales se diseñan, incorporando de manera central la perspectiva de género, la evidencia empírica y una comprensión más amplia de lo que significa vivir en situación de pobreza.

